

YO, ANTONIA.

Esta casa maldita. Este pasillo interminable. Casi siempre, cuando Trinidad me llama, aborrezco profundamente todo lo que me rodea. Con su quejumbroso tono y su melancólica expresión me reclama pusilánime, y yo la maldigo mientras deseo que se harte de mí y me eche de este rancho perdido de la mano de Cristo. El Señor sabe que yo no quiero el mal para nadie. ¡Pero válgame! ¿Qué hice yo para acabar en un sitio así? Cristina sabía que estaba desesperada. Que me iba a morir de hambre o de calor. O de puro agotamiento, agotamiento de tanto ir de aquí para allá limpiando las casas de putas gringas ricas. ¡Me iba a morir de tanto correr por todo El jodido Paso! Con cuarenta bolsas de arriba abajo y así hasta la extenuación, pidiendo perdón por mover un jarrón, por dejar caer un limón de la frutera, ¡*chale*, por todo! hasta por respirar el aire de esos hijos de la chingada, tuve que disculparme.

Estaba empezando a pensar que de nada servía mi trabajo y mi fe pero entonces apareció Cristina, el ama de llaves de la Señora Malcolm, unas fariseas las dos. Esa abeja bien sabía de todo lo que su patrona manejaba. “No desesperes, Antonia, le oí a *la Malecón* que una vieja rica española anda buscando una muchacha joven *pa'que* la asista en su villa de Jalisco. Ya verás, no más llegarás allí y ya te darán ropas buenas y una casa que es anexa a la colonial. ¡Te pagarán bien!” Me iba a echar a llorar en sus brazos, de lo estúpida que me sentía otra vez yendo a México. ¡Valió verga, la tierra soñada! “No mames, no jodas, ¿para qué putas, Cristina, me vine a Texas para acabar otra vez en Michoacán?, vete con tu española a chingar”, le dije yo a esa mala santa.

Me derrumbé en el camión de vuelta al Chaparral. Tres horas tardaba el maldito en cruzar El Paso y llegar a Nuevo México. Me pudieron las penas y la desesperanza. Llevaba meses viendo mi vida entera cayendo a trozos. Miraba por la ventana y solo veía polvo por todas partes. Polvo en las ventanas, polvo que se arrinconaba por las

esquinas de las naves viejas, polvo que secaba los pulmones, que secaba mis lloros, “¡pero polvo más fino es mi vida!”, me decía yo mientras subía por el arenal y llegaba al departamento.

No sé ni cómo salí de maquiladora y hui de Juárez, de las drogas y balazos, y la sangre y la pólvora. Ni sé cómo me dieron el visado a mí, una miserable de Puebla huida de su casa y de su padre el capo de la Cholula.

Ganaba trece miserables centavos cada hora. “El puto Eisenhower se olvidó de sus vecinos cuando se fue a salvar el mundo libre” Maldecía al presidente y maldecía mi propia nación y mi propia vida. Que insensatez.

A las dos semanas, no pude más, me hundí y le dije que sí, a la hija del Demonio. Le dije que sí y seis días después ya andaba yo comprándole a esa muerta en vida los mangos en el mercado de Tonalá.

María de la Trinidad Cifuentes Herrera, se llama la condenada a la que sirvo. Condenada porque ella misma lo lamenta así día tras día, aclamando que sus hijos la mandaron acá para manejar de sus cosas y sus propiedades allá en España.

¿Soy yo una desagradecida diciendo estas maldades de la anciana? ¡Debería agradecer a Dios que me diera esta oportunidad! Pero es que soy completamente incapaz de sentirme afortunada. En El Paso me robaban el tiempo y las fuerzas, era una miserable, pero al menos me quedaba algo de humor para ver los sábados a mis compañeras de la 112th Street y reírnos de las gringas y sus ideales y perfectas vidas. Era una esclava algo más feliz. Mi vida hecha mierda. Mi hambre y mi agotamiento constante. El calor seco. Todo ello tenía al menos un pedacito de alegría cuando bajábamos a la cantina y pedía mi tequilita y juntas nos reíamos de nuestros sueños y nuestra inocencia. Cuando juntas nos sentábamos y nos contábamos como soñábamos mirando por las ventanas a las señoras en su Chevrolet Bel Air.

Pero ahora, ya ni eso me queda. Me vine por un jornal, que triste es vivir encadenada a él. Rezo a la Virgen para lograr irme de aquí, de este lugar alejado de la vida y de la misma muerte, alejado de la gente. Le rezo incluso para que me lleve de vuelta a Oaxaca con mi mamá, para llorarle y que me cante una Martiniana, para que me diga que estoy a salvo.

Esta vieja maldita me está robando la vida a gotas de dolor. Me está robando el tiempo. Se lamenta en un alarido infinito por sus hijos en el continente. Se queja constantemente de que todo está mal puesto. “Las sillas de esparto miran al norte, no al sur”, me dice cada vez que barro el porche. Yo las pongo siempre mirando al norte, ella se sienta y las vuelve a dejar mal, mirando al sur. Está cada vez más senil. Me odia bien porque soy bien morena, ¡de México, joder! A veces me despierta en la madrugada a voces, diciendo que se va a matar. “Hazlo pronto, vieja perra” Susurro yo mientras paso del corredor hasta el patio y luego hasta su habitación. Anda todo el día dejando sus cosas en todas partes. Cuando se da cuenta de que algo falta, comienza a chillarme como torito en la fiesta. Me amenaza y me dice que yo le robo, me dice que le devuelva sus medallitas de la Virgen de Guadalupe o sus estampas del Papa Pío XII, que deje de cogerle sus cucharas de plata. Me berrea: “te denunciaré a la Comandancia” y yo la tranquilizo como buenamente sé, le busco el mantón de turno y le digo gentil que yo nada quiero suyo, que a mi me basta con mi quincena y con la casa que humildemente me arrenda.

La Señora vaga como un alma en pena llorando como una María Magdalena. Lloro por sus hijos, llora por su marido, llora por lo secas que están las rosas de la entrada, porque el papagayo canturrea demasiado.

En penas todo el tiempo me pide que haga mil cosas inútiles. Me pide que cuente los corderos de la finca, para saber si hay suficientes para el convite que quiere celebrar.

Empezó con eso hará tres meses y quince días, y aún no me han dicho quien viene, cuando y porqué. Y es que piensa que los cuento mal, a los chivos, y me dice que repita las sumas y una y otra vez.

En una ocasión me dijo que cambiase todas las alfombras, todas las cortinas, todas las ropas de cama y todas las toallas. ¡De toda la casa! En total, doce habitaciones, cinco baños, dos pasillos interminables y no sé cuántas decenas de ventanas y ventanales enormes. Tardé todo el día en ello, y cuando terminé me reprendió porque había cambiado unas sabanas por otras, puesto una colcha en una habitación que no era o colocado una alfombra que no le gustaba. “¡Cómo iba a saberlo, si no me dijo usted nada!” Al final resultó que todo había sido en vano, porque a los dos días me mandó ponerlo todo como antes, y se excusó diciéndome que se había confundido porque creía que estábamos en Pascuas. Señor mío, ¡era noviembre!

Hace dos semanas que me enteré por Constantina, la cocinera, de que la mala puta de Cristina, el ama de llaves que acá me mandó, en realidad concertó con la anterior a mí un precio para buscarla una sustituta. Esa que me compró se llama Alexandra, una brasilera que vino a México huyendo de las favelas de Río para ganar dinero. Se encontró con que Trinidad necesitaba a una criada y no lo dudó. Estuvo con ella tres años y medio, pero se acabó hartando y concertó con Cristina (a quien conoció por esta haber sido amante del jardinero) que por cincuenta dólares ella le buscaría una sustituta de los Estados Unidos, porque en todo Guadalajara se sabía ya lo mala patrona que es Trinidad y ya nadie quería trabajar con ella. Todo eso porque la muy estúpida andaba temerosa de la patrona, de que la castigase por abandonarla. Así fue como me apañaron. Desde ese día trabajo con aún más asco. Pero fue al cabo que entendí el porqué de la temerosa de Ipanema. Me dijeron ayer viernes, en el mercado, que a la criada anterior a la carnalera se la llevaron los de la federal porque la vieja le acusó de robar un no sé

qué de la cubertería buena, la alemana. Resultó que la vieja la quería echar porque la pobre mujer andaba ya en los cincuenta y cinco y no podía obedecer a las locuras de Trinidad como lo llevaba haciendo los últimos veinte años. La muy desagradecida de la patrona abrió un hoyo en un tiesto del patio y metió allí la plata, la denunció, se la llevaron y así se desató de la pobre mujer. ¡Qué ortodoxia! Yo misma estuve buscando y cavando con el pretexto de plantar unas magnolias y en el que había bajo de mi ventana encontré las cuatro cucharas y el tenedor, Señor, ¡un gran botín se llevó la desgraciada! Dicen que la justicia es igual para todos. ¡Veinte años de fiel servicio, veinte! Los limpié y los metí en la alacena, y nadie nunca pronunció palabra del suceso. Trabajar con la vieja es de un peligro al borde de lo mortal. Cuando no me pide que suba al tejado, me manda al desván por esa escalera de mano agujereada por las termitas. Y si no me amenaza a las alturas, me lanza un cuchillo o un vaso porque la sopa que preparó la cocinera tenía poca sal.

El jardinero, Francisco Hernando, solo trabaja para la vieja porque era de los cárteles, y nadie lo quiere con él. El cabrón también colaboró en el negocio de la bananera.

Constantina solo sigue aquí porque según ella, a sus cuarenta y seis años, nadie le va a dar ningún trabajo en la ciudad.

Yo, día a día me ahorro el jornal y ando buscando de palabra a alguien que me de trabajo decente en Jalisco o en donde Dios mande. Cuando ahorre más plata me iré a Ciudad de México y estudiaré para administrativa. Mi vecino José, el rico, podrá darme un puesto en la hacienda de maguey que tiene y podré asentarme junto a mi mamá.

Dios sabe que yo, Antonia, soy honrada y lo seré.

Ya me dio muchas malas la vida. Ya aprendí de la suerte. Sobreviví en Juárez dos años, y en El Paso tres. Si he de sobrevivir en un rancho en mitad de la nada otros cinco, bien lo haré y me armaré de paciencia. Y que la Santísima Trinidad me asista.